




Erasmus Zarzuela

Siempre hubo, hay y habrá duendes, unos pequeñitos que no alcanzan a pasar de la rodilla, otros algo más grandes, pero todos llevan el típico sombrero que oculta el rostro a medias; no hay idioma donde no exista la palabra "duende". Muchos asocian esta palabra cono algo maligno, otros con picardías y jugarrotas de mala índole, hay también los duendes buenos, aquellos que solucionan problemas o aparecen con simpáticas sorpresas.

Entre estos últimos conocemos "Al duende" de Luis Urqueta M., se nos da como el agua pura y refrescante, con sus páginas en las que se encuentran una interesante como valiosa producción literaria tanto nacional como de fuera del país, de una y de otra forma los lectores nos solanzamos con ese contenido que alimenta el espíritu satisfaciendo las expectativas más exigentes.

Tenemos la suerte y la alegría de contar con esta duende en Bolivia que no se esconde para hacer fechorías, todo lo contrario, es un Mercurio boliviano, aparece cada quince día y vuelve distribuyendo sus mágicas páginas a todas las latitudes, llegando inclusive hasta Suecia a visitar al escritor Montoya, por ello mismo se trata de un duende que es recibido con calidez. Confiamos en que este "duende" en particular, habito jugueteón y con eterna primavera en el corazón y en el bolullo de Luis, para deleite de los amantes de la palabra escrita, y nuestros labios dirán repetidamente: "Gracias amigo Luis".

Vella Calvimontes.



el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez e.
erasmus zarzuela e.
coordinación: julio garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfa. 64855 - 76816
e-mail: oruduende@latinmail.com



Zona Franca Oruro S. A

LOS DESHABITADOS

(Fragmento)

María y Durcot permanecían callados. Mientras ella se golpeaba los muslos con el libro, él adelantaba y retrocedía los pies, buscando una posición en la que sus zapatos pudieran coincidir con la huella dejada por otros más nuevos.

Los dos sentían crecer su silencio, espesarse, salir de ellos y juntarse en un diálogo mudo al que cada uno aportaba constantemente, como una secreción silenciosa y lenta, la palabra que no quería pronunciar y recibía la única réplica que no quería escuchar. Pensaban que sería difícil e inútil interrumpirlo; que el único sentimiento capaz de modificarlo, los había abandonado dejándoles el hábito de estar juntos; un hábito ciego, sin propósito, que ellos practicaban con la triste, estúpida e inconsciente docilidad con que uno de sus pies subía un peldaño después que el otro. Sin embargo, ella se decía que la actitud de Durcot estaba determinada por la suya. ¿Por qué impedía una manifestación más efusiva de su afecto? «Cosas de niños; ya no estamos en esa edad. Retozar en el banco de un parque, con un hombre tan viejo como yo, es ridículo».

No era más que un pensamiento destinado a ocultar otro, como una de esas vendas detrás de las cuales la práctica le enseñó a imaginar todos los detalles de una herida. Ella sabía que el pensamiento oculto era el miedo de no inspirar deseo. Prefería adoptar como un acto de voluntad, lo que su naturaleza hacía imposible. Sin embargo, esa notó que las circunstancias -pensaba en la ubicación del banco, la falta de luz y algún ruido de la naturaleza- le ayudarían a intentar una lucha consigo misma.

Durot sintió que el brazo de María se acercaba hasta tocar el suyo. No reaccionó. Sabía que estaba desnudo hasta un poco más arriba del codo; sin mirarlo, vio la granulación que el frío debió levantar sobre la piel. No estaba seguro pero le pareció que la respiración de María cambiaba de ritmo. La sentía respirar a intervalos más largos. El temor de mostrarse agitado, la obligaba a inspirar y exhalar con más lentitud que la normal y hacía que el aire saliera a borbotones, como expulsado por espasmos que recorrían todo su cuerpo y llegaban hasta la boca haciendo temblar sus labios.

María perdió el control. Un momento antes, cuando todavía no era más que una intención, pudo haber advertido los primeros síntomas de ese fenómeno de autosugestión que ahora la dominaba, y desistido de la lucha que quería librar consigo misma. Pensó que vencería si lograba despertar su capacidad de amor, que creía muerta. Y lo que despertó, con sólo proponerse, era una especie de tigre que se desperzaba en sus venas y ejercitaba las zarpas en su carne, hasta ahuyentar de ella todas las reservas, toda la desconfianza que los años habían acumulado.

Deslizó su mano hasta dejarla descansar sobre el banco, con la palma abierta, un poco ahuecada, como esperando algo que se posara en ella.

Durot, con la mirada puesta en el vacío, trataba de dominar un confuso sentimiento de lástima y antipatía. Le intimidaba y repugnaba la proximidad de esa mano en actitud mendicante.

María giró lentamente la cabeza; cuando la detuvo, Durcot sintió una mirada hecha de examen y solicitud a la vez. Sabía que si él también giraba la suya hasta encontrar la mirada de María, nada podría impedir que sus labios se juntaran en un beso que no descaba. Sabía que los años y la costumbre habían borrado el único sentimiento capaz de hacer soportable ese acto. Presentía que en último momento su boca se resistiría al beso, e imaginaba fácilmente la desagradable humedad que dejaría en sus labios. Se puso de pie bruscamente.

- ¿Caminemos...? Un poco, en dirección de tu casa.

Ahora recuerdo que hace media hora que debía estar en casa con el editor...

María se levantó y comenzó a caminar resueltamente, sin esperarlo. Él la siguió hasta alcanzarle; cuando llegó a su lado, un súbito sentimiento de culpabilidad lo obligó a tomarla del brazo y a presionarlo con ligeras contracciones de los dedos.

Se alejaron bajo el peso de una extraña sensación de fracaso, a la que la presencia de algunas parejas confundidas en un abrazo bajo la sombra de los árboles, agregaba otra de sorpresa y vergüenza, con las que atormentaban al impotente que callaba dentro de ellos.

Al pasar bajo el último árbol del parque, María pensó: «La misma comprensión que de la salud tienen los enfermos, tengo yo del amor».

Marcelo Quiroga Santa Cruz. 1931-1980. Cochabamba.
Escritor, Periodista, Cineasta y Político.